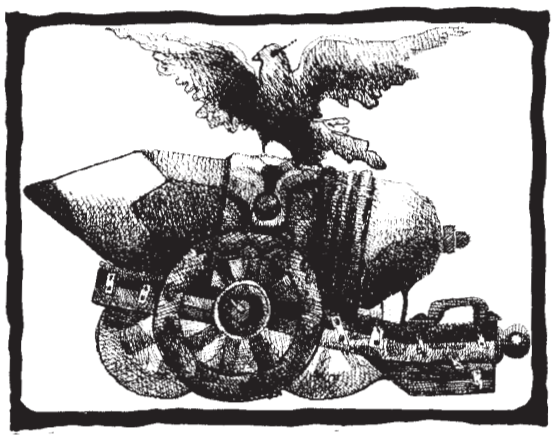
El artista es el creador de las cosas bellas.

Oscar Wilde en
El retrato de Dorian Gray

Suplemento CULTURAL



Editor y diagramador
Rafael Cuevas Molina

Página web
Maureen Barrantes

El *Suplemento Cultural* es una publicación del Instituto de Estudios Latinoamericanos (IDELA), de la Facultad de Filosofía y Letras y del Programa Identidad Cultural, Arte y Tecnología (ICAT), del Centro de Investigación, Docencia y Extensión Artística (CIDEA).
Correspondencia, observaciones, sugerencias y colaboraciones se pueden hacer llegar al apartado postal n.° 86-3000 Heredia, Costa Rica o al correo electrónico rafael.cuevas.molina@una.cr

Se acepta canje.

NÚMERO
110
Agosto-setiembre 2014

EL SUPLEMENTO CULTURAL EN INTERNET:
www.icat.una.ac.cr/suplemento_cultural/

UNA UNIVERSIDAD NACIONAL COSTA RICA



"No tengo ganas de moverme en un medio hostil para las mujeres"

Entrevista a la cantante, compositora y artista visual Guadalupe Urbina

Por Pablo Calderón[1]

La comunidad de Longo Mai, está ubicada en la Región Sur de Costa Rica, Finca Sonador de Pérez Zeledón, un lugar multicultural y pluriétnico, en sus inicios una cooperativa autogestionaria de origen europeo, en la actualidad referente del turismo rural comunitario y, no menos importante, en la década de los ochenta un espacio de refugio para personas centroamericanas, especialmente salvadoreñas, que encontraron como su nombre de pila lo indica "larga vida". Una comunidad que ha surgido en una constante de procesos de trasformación complejos, en el marco de las dinámicas de la cultura local, regional y global. La artista costarricense Guadalupe Urbina nos comenta su decisión de radicarse en este lugar para buscarle refugio a la vida cotidiana contemporánea, en medio de la naturaleza, la diversidad, los niños y las niñas.

1. Sociólogo, egresado de la Maestría en Estudios Latinoamericanos del Instituto de Estudios Latinoamericanos de la Universidad Nacional de Costa Rica.

¿Cuándo y por qué llega Guadalupe Urbina a Longo Mai?

Hace muchos años tuve una invitación a este lugar, yo venía a pasear, siempre fue un lugar de visita obligada cuando venía a Costa Rica viviendo en Europa; incluso viviendo aquí vine varias veces, con mis niños pequeños. Sin embargo, el año 2011 fue muy duro para mí en el aspecto de salud: estando en Colombia, de gira, me entró una neumonía que me "revolcó", y ahí me di cuenta lo frágil que estaba físicamente, pues la cosa se complicó, y el médico recomendó hacer una parada.

Era el tiempo de retirarme del ruido, de retirarme de todo y me dije: "bueno, entonces, ¿qué hago?; no me puedo enfermar, tengo que trabajar, tengo que comer". Y decidí venirme para Longo Mai; lo que hice en enero del 2012. Yo llegué aquí a cuidarme, pues mi cuerpo no estaba en condiciones de aguantar más.

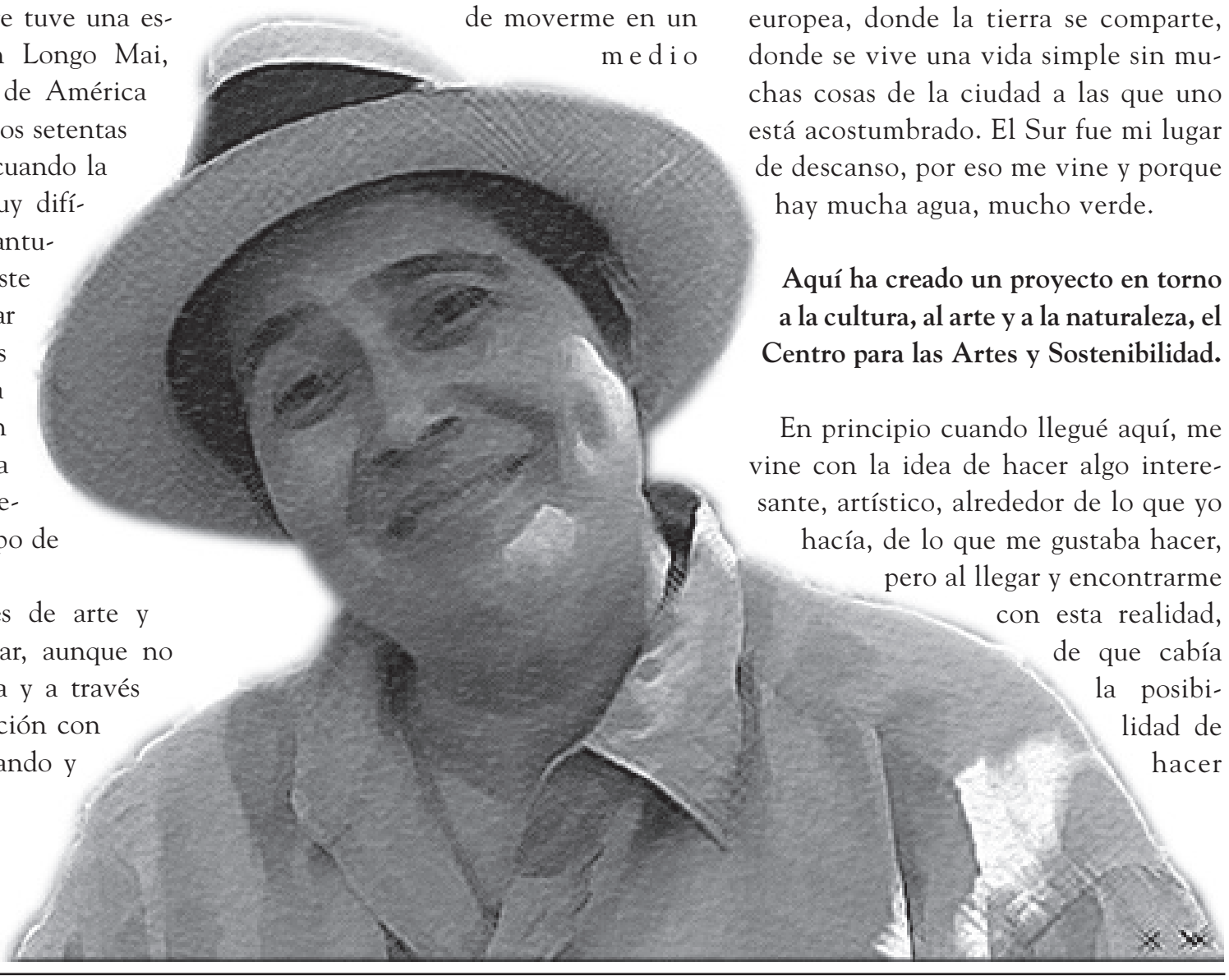
Pasé los primeros meses tranquila y ya pasado un tiempo comencé a involucrarme en la comunidad: se me metió hacer algo con los chiquillos, y a los tres meses decidí quedarme a vivir aquí. "Este es tu lugar", me dijeron.

Yo lo conozco desde que era una cooperativa europea. Siempre tuve una estrecha colaboración con Longo Mai, en general con el resto de América Central desde finales de los setentas e inicio de los ochenta, cuando la situación política era muy difícil; esa solidaridad me mantuvo en una relación con este pueblo, pues era un lugar de acogida para refugiados salvadoreños y yo tenía una relación estrecha con El Salvador, había una empatía con la lucha, la revolución, estuve en tiempo de guerra por allá.

Aquí hacían festivales de arte y siempre venía a colaborar, aunque no vivía aquí, siempre venía y a través de este festival y mi relación con la gente, me fui encariñando y bueno pues me vine.

¿Por qué el Sur y no el Norte, que paso con Guanacaste, dónde es usted oriunda?

En Guanacaste, ya no tenía mucho que hacer, este país es muy pequeño y los espacios están ocupados ya. A veces la gente te ve como una amenaza. A lo mejor era cosa mía, yo tampoco soy una persona fácil, no sigo patrones convencionales, no tengo una vida convencional, ni un discurso convencional; "que las mujeres y que la carreta y el caballo", hombres muy malcriados y mimados, niños grandes que cuando se sientan a tomar no hacen más que hablar tonterías, te hace sentir fuera de lugar. Entonces como que no entraba en el gremio de allá, por diferencias internas creo, pero sobre todo por esa supremacía machista que me cuesta manejar no decidí irme para allá. Intenté hacer cosas pero no fue tan sencillo; lo mío con Guanacaste ya está hecho, lo hice y lo sigo haciendo, soy de mi provincia, honrada y trabajadora y amo lo que hago, eso le devuelvo a mi provincia permanentemente, la alegría de crear, este regalo de la vida, en la música, en las letras, en mi forma de hablar se ve reflejado… Mi corazón está en el Norte, pero no tengo ganas de moverme en un medio hostil para las mujeres Y creo que eso es en muchos sitios, no solo en Guanacaste, pero como soy de allá tengo el lujo de decir: "¡Ay que pereza con estos huevones!".



¿Ve usted en Longo Mai algo distinto a Guanacaste?

Más o menos, es otra cara de la moneda, el Sur está lleno de guanacastecos, muchísimos en las piñeras, en los bananales, en las plantaciones de palma africana. Eso está lleno de guanacastecos, que migraron para acá, orillados por la industria del turismo pero, principalmente, por los tremendos latifundios que desplazaron a la gente. Siempre ha sido así. Desde la colonia, el servicio a las grandes haciendas o empresas, siempre sirviendo; ninguna de esas propuestas le han servido a Guanacaste, ni al país.

Yo he aprendido que aquí uno no siembra nada para nadie, ni siquiera para una misma. Uno viene a cultivarse, literalmente; el Sur tiene sus reglas, pero este es el paraíso, el último pulmón que le queda a este país. Longo Mai en sí es una propuesta muy particular, aunque distinta a la red similar europea, donde la tierra se comparte, donde se vive una vida simple sin muchas cosas de la ciudad a las que uno está acostumbrado. El Sur fue mi lugar de descanso, por eso me vine y porque hay mucha agua, mucho verde.

Aquí ha creado un proyecto en torno a la cultura, al arte y a la naturaleza, el Centro para las Artes y Sostenibilidad.

En principio cuando llegué aquí, me vine con la idea de hacer algo interesante, artístico, alrededor de lo que yo hacía, de lo que me gustaba hacer, pero al llegar y encontrarme con esta realidad, de que cabía la posibilidad de hacer

algo con las niñas y los niños, que eventualmente ya lo había hecho antes, pensé que por ahí iba la cosa, que se podía hacer algo interesante en la comunidad desde las nuevas generaciones.

Estando aquí unos meses, me di cuenta de la necesidad de los niños y las niñas de conocer más y tener acceso a ese conocimiento a recursos o materiales para aprender y jugar, y me dije: "yo le voy a poner atención a esto, voy a trabajar con niños y niñas", he aprendido mucho.

¿Cómo está el proyecto? ¡Muy bien! Aquí me han enseñado que una no puede hacer nada desprendiéndose de sí misma, que mi vida es ser madre y ser artista, hacer canciones, pintar, escribir y reflexionar sobre la vida y que eso es lo que tengo que hacer y no otra cosa.

Este espacio es para el servicio de la comunidad, también para mi servicio, para alimentar el sentido de la vida, servir a otros artistas, para que sientan que aquí hay un lugar para eso, para crear, para reflexionar. En el trabajo creativo todos tenemos que hacer cosas, todos somos artistas, algunos somos más etéreos, efímeros, volátiles, nos gusta jugar con eso, todavía queda en nuestra memoria ancestral, genética, que somos cocreadores del universo y el arte es siempre volver a esa memoria y jugar con la capacidad de crear, básicamente.

Longo Mai tiene muchos defectos como cualquier comunidad, pero también tiene muchas virtudes y yo me agarro de las cosas que me hacen sentir bien aquí, el bosque, la vida silvestre, la dinámica de las familias que es muy agradable, donde todavía el periódico y lo que diga no es lo más importante.

En procesos de este tipo, especialmente en comunidades, siempre existen retos y satisfacciones…

¡Trabajo duro! Esa es la parte más difícil, más dura, lo que realmente me interesa son las nuevas generaciones, pero yo, por preocuparme por lo difícil que era, no me había percatado de que se ha logrado lo más importante. Cinco niños que les gusta venir, que me piden venir, que me dicen: "¿Guadalupe cuando podemos volver?".

Siento que todo el esfuerzo de este tiempo está logrado, estas son semillitas que están disfrutando mucho, aprovechan algún recurso que hay, computadoras, Internet. Estos niños le están dando forma al proyecto; mi proyecto nada que ver. Ellos han hecho su propia propuesta, yo estoy admirada, eso es lindo.

Te doy un ejemplo, las niñas, de la mano de los talleres que impartieron dos biólogos, Eduardo Boza y Andrea Orellana, quedaron maravillados con "El Viaje al Bosque" que hicieron con ellos, viendo animales, hongos, pájaros (han hecho paseos para ver pájaros) y aunque les dieron "lata", especialmente a Andrea, yo no sé si ella sabrá del impacto que tuvo su visita a este lugar. Comenzaron a recolectar plumas de pájaros y a identificarlos, han encontrado lugares para ver aves y recoger plumas de esas aves (que ya conocían o van conociendo) y tienen una colección que va de casi doscientas plumas la que más tiene; una a otro fueron pasándose la iniciativa de hacer su colección de plumas y se volvió viral; Kimberly empezó con eso y ahora Cristina, Cristian, Dylan y Kenett tienen su colección de plumas, vienen al centro a buscar por Internet información de pájaros. Su nombre popular y el científico para que otros puedan saber qué pájaro es. Y cuando vienen a una sesión juegan, ven videos y aprenden de pájaros. Es su propia dinámica, a veces llegan media hora antes, ¡y una cansada!, pero no se les puede decir nada, porque si vienen una hora antes es porque les gusta venir aquí, esto es lo que he estado esperando después de dos años, esto es lo que he querido, que ellos y ellas tengan ganas de aprender algo, por sí mismos, y siento que eso es una bendición. Estoy feliz.

Un proyecto de este tipo también contempla otros actores para su viabilidad, en términos de aportes, apoyo estatal, comunitario y privado, ¿en qué fase se encuentra eso?

Apoyo estatal no hemos tenido, pero tampoco hemos solicitado. Bueno hicimos un proyecto para PROartes del Ministerio de Cultura, pero no obtuvimos nada. Apoyo de la comunidad si ha tenido, padres y madres que han aportado, no en términos financieros, pero sí en acompañamiento, que eso cuesta un poco, pero ahí va; de un grupo de catorce, se han quedado fijos cinco y yo con eso estoy contenta, y sé que eso va empezar de nuevo a ampliarse, es como la explosión que luego implosiona todo otra vez y de nuevo explota. Renovándose siempre. Apoyo privado de amigas y amigos de Costa Rica y de fuera, que confían en lo que quiero hacer y eso es otra cosa que me da alegría, si bien esta casa/centro está hecha con mis recursos, esto es así de grande porque hay amigos que donaron y me hicieron hacerla más grande para apoyar y venir a trabajar aquí o que pueda recibir a la gente que quiere venir a trabajar aquí. En principio, el espacio también me permitiría tener algunos ingresos para sobrevivir, ya está funcionando, pero hay que moverlo más.

Finalmente, ¿cuál es la visión que usted tiene sobre este centro en la comunidad?

¡Bueno, es un lugar muy bonito! Con mucha belleza alrededor, un lugar para sentirse bien, en cinco o diez años yo veo este lugar como un espacio para cultivar, aquí se está para cultivar la tranquilidad, las raíces, la belleza, la naturaleza de donde venimos, la madre tierra.

Este va a ser siempre un espacio de encuentro de aprendizaje y de disfrute. Un lugar revolucionario, donde la revolución ya llegó y se está haciendo; en este pedacito de tierra ya se está dando, llevamos años luz de quienes están creyendo que las cosas hay que hacerlas, aquí yo siento que todo apunta a una transformación, lo veo en la relación con la gente que se acerca a este proyecto, en el trabajo que estamos haciendo con los niños y las niñas, en mi propia persona, yo aprendo a ser flexible y crezco. Aquí la flexibilidad es la regla y eso es una cosa tremenda cuando uno viene de un mundo tan rígido, donde todos son estamentos, todo planificado y todo debe ser así y así. Aquí te das de narices contra el suelo. Es aprendizaje también para una.

La importancia del ejemplo en la educación

Improvisaciones

Columna de Carmen Méndez



Quizás de lo más convincente en los procesos educativos son los ejemplos de vida, indiscutiblemente más allá de los propios modelos teóricos. Esta reflexión me surgió al fallecer doña María Eugenia Dengo de Vargas.

Tuve oportunidad de ser su discípula en los cursos de filosofía educativa en la Facultad de Educación de la Universidad de Costa Rica en los años setenta. Su buena disposición para la escucha, la apertura y la sencillez con que abordaba las temáticas más complejas hicieron del curso un espacio cautivante que definitivamente fortaleció nuestras jóvenes vocaciones pedagógicas. La pasión por la enseñanza y sus respectivos procesos de comunicación, la fascinación por el desarrollo integral desde la niñez, la lectura crítica de los grandes maestros de la filosofía y la pedagogía, pero ante todo, la diversión y el buen ánimo que se creaba en clase nos alentaba a incursionar en esa novedosa aventura de la educación.

Doña María Eugenia era la hija menor del Benemérito de la Patria Omar Dengo y de la insigne educadora Teresa Obregón. Se puede decir que provenía de una verdadera estirpe de intelectuales y personas nobles, que construyeron la Costa Rica de finales del siglo XIX y principios del XX. Daba gusto escuchar a don Uladislao Gámez contar anécdotas de la Heredia de esos tiempos, en los que aparecía doña María Eugenia, siendo aún una niñita.

Ella tuvo una gran cercanía con el mundo de la música, pues su esposo fue el distinguido Maestro Carlos Enrique Vargas, compositor, director, pianista y organista, a la vez que extraordinario educador musical. Con él estudió piano durante varios años. Su suegro fue don José Joaquín Vargas Calvo, fundador de la Escuela de Música Santa Cecilia, profesor de la Escuela Normal de Costa Rica y compositor de canciones e himnos como el Saludo a la Bandera, maestro de numerosas generaciones. Hijos y nietos de doña María Eugenia también han heredado la pasión por la música y la educación y las abordan desde distintos ámbitos.

Los diferentes cargos que desempeñó Doña María Eugenia fueron de gran responsabilidad, a saber, ministra de educación, decana de la Facultad de Educación y vicerrectora de Acción Social de la Universidad de Costa Rica, integrante de los consejos universitarios de la Universidad de Costa Rica y la Universidad Estatal a Distancia, coordinadora Regional de la UNESCO para América Latina y el Caribe, integrante del Consejo Superior de Educación, fundadora y directora del Liceo Laboratorio Emma Gamboa. Además, recibió importantes distinciones como el Doctorado Honoris Causa de la UNED, el Premio Rodrigo Facio de la Universidad de Costa Rica y el Premio Magón.

Personalmente, mi gratitud mayor hacia doña María Eugenia surge de su ejemplo de vida. La forma en que asumió la experiencia vital, la convirtió en una maestra auténtica de lo cotidiano. El respeto y el trato amable hacia los demás, el espíritu de servicio, la honestidad, la alegría, la profundidad sencilla en ella, nunca encontré arrogancia, indiferencia o grosería. Por el contrario, se esmeraba, con toda naturalidad, por apreciar a quienes la rodeaban; salpicaba todo con su gran sentido del humor y el afecto sincero.

La partida de doña María Eugenia duele. Pero el recuerdo de su vida ejemplar produce aliento. Trasladó sabiamente la antorcha de sus padres a las nuevas generaciones.

> El buen educador no tiene que ser una persona excepcional pero posee una cualidad que constituye el núcleo generador de toda su acción docente: ama la docencia en forma sincera y convencida, desprovista de falsa retórica. Además, es consciente de que todas sus actuaciones públicas y hasta privadas pueden afectar, para bien o para mal, a muchas personas.
>
> María Eugenia Dengo

Encuentros

Crepúsculo

Columna de Felipe Ovares



Encontrarse unas caras conocidas en el aeropuerto de Chicago es algo inusual. Un milagro o una bendición. Una agradable sorpresa en ese lugar inmenso, de pronto, que alguien le diga: “Hola profe”. Eso no tiene precio. Y además ,ese abrazo tierno y sincero. Esa alegría pintada en sus rostros casi juveniles, maquillados en sus veintidós años. Como que van de boda. Unos gringos con corbata se me ocurrió cuando se acercaron. Eran dos de mis tantos exalumnos de esta querida universidad. Regresaban de una capacitación de dos meses en Michigan. Hasta allá los envió la empresa, en la cual trabajan desde hace varios meses. Se enrolaron, gracias a su capacidad, aún sin haber concluido el programa de estudios. Ya tienen el título. Los vi recibirlo junto a sus orgullosos familiares en el auditorio del CIDE. Me concedieron el honor de posar con ellos, esa fotografía responde a mis angustias positivamente: lo hacemos bien y valió la pena. Ganan bien, viven bien, son felices y ejemplares. Dan gusto esos encuentros. Sucedió en agosto de 2014. La mayoría de sus compañeros me los encuentro a menudo, trabajan en Intel, Proyectica, HP, GBM, AV Venta, y la lista es larga. Aquí y en el extranjero. Me alegra verlos recorriendo el camino correcto, me alegra saber que la Universidad es capaz de hacerlo bien, de corresponder con honestidad al país que nos mantiene con sus impuestos. Me alegra también haber recomendado a una cantidad respetable de mis estudiantes. Ellos me han devuelto el favor dejando en las alturas a la universidad. Con eso basta. Esas evaluaciones me satisfacen.

Amanece apenas. Es el 11 de setiembre de 2001. Dos aviones acaban de impactar las torres gemelas en Nueva York. Estoy viendo las noticias en el cuarto de un hotel en San Salvador. Les aviso a mis cuatro compañeros de trabajo, tres son exalumnos. Regresábamos a Costa Rica luego de siete días domando una enorme máquina que era el centro de operaciones de la sección de canje del Banco Agrícola. Dos de ellos estuvieron, unos días antes en Alemania descifrando el código. Fue un trabajo complejo. Dieciséis horas diarias. Millones de cheques pasaban por su engranaje y sus cámaras. El *software* que la mantenía a raya lo hicimos en Costa Rica, la mayoría de los programadores eran mis exalumnos. Ninguno, en aquel año, era graduado, tenían entre 19 y 20 años. Fueron, en esa aventura, gente maravillosa, única. Hace muchos años se fueron de aquí con su título. Al salir del hotel nos encontramos con otros dos exalumnos, ellos tomarían el relevo, acababan de llegar del aeropuerto. Regresamos a Costa Rica en un avión con tan solo veinte personas. El mundo en ese momento estaba tocado por el miedo. Ninguno se echó atrás. Hicimos un gran trabajo.

Fue casi casual, a pesar del Facebook. Una exalumna me vino a buscar al Hotel Omonia, en la plaza del mismo nombre, en el centro de Atenas. Al lado, bajo una rotonda con fuente, se encuentra una estación del metro. La esperé en la salida. Ella vive en Chipre, allí trabaja en computación, es programadora de las buenas. A veces, también, teje bufandas para paliar el frío invierno, pero eso es tan solo un pasatiempo. La reclutaron recién graduada en una de las tantas ferias de empleo. Fue agradable verla en un lugar tan lejano. Nunca saldrá en la sección de deportes, porque no patea una bola. Dos meses antes le escribí un correo contándole de mi viaje a Grecia. Es feliz, aunque quisiera no puede ocultarlo. Sonrisa grande y blanca. Verla da una respuesta grata a lo que uno hace en las aulas de la universidad. Trae un libro bajo el brazo. Es Ana Karenina. Hablamos de cosas divertidas. Nos despedidos. No puedo evitar una frase con influencias de Sabina: “Hay que tenerlos cuadrados para irse a Chipre a trabajar y además disfrutarlo”.

Esta gente. Estos muchachos y tantos otros más son el orgullo de la universidad, de sus familias, del país. Verlos irse un día, jóvenes, tan jóvenes a conquistar las empresas nacionales e internacionales. Verlos irse a triunfar me ofrece las respuestas que ocupo. Ellos si pueden dar fe de que aprendieron. Ellos valoran nuestro quehacer.

Me siento orgulloso de mis exalumnos. De los que llegaron, vieron y vencieron. De los que honestamente se ganan un salario con su talento. De los que cada mañana madrugan para ir a sus trabajos. Me siento orgulloso de su rebeldía al derrotar un problema y resolverlo. Me siento orgulloso de los que aquí, en medio de sus largas jornadas salieron adelante.

Gracias a todos los estudiantes que nos dan esas satisfacciones. Sus triunfos, su honestidad, su valor, su entrega, su coraje nos compromete a seguir.

Felipe Ovares Barquero
felipe_ovares@yahoo.com

40 años de la Escuela de Danza en la Universidad Nacional

Tripudium

Columna de Marta Ávila



A finales de 1973, Arnoldo Herrera, director del Conservatorio Castella, inicia la conceptualización de lo que serían las escuelas de Arte a solicitud de Benjamín Núñez, primer rector de la Universidad Nacional. Herrera comenzó a trabajar junto a la coreógrafa uruguaya, Elsa Vallerino y otros docentes interesados en la formación artística, a ese proceso, se integró Elena Gutiérrez, quienes elaboraron el plan de estudios de la carrera de danza.

La Escuela de artes se ideó como un proyecto en el cual los egresados del Conservatorio de Castella y otras personas interesadas en el desarrollo del arte podrían prolongar su formación profesional y obtener un título universitario.

Luego, el proyecto continuó bajo la conducción Juan Carreras, y fue así como, en marzo de 1974, la Escuela de Artes constituida por cuatro secciones (Danza, Teatro, Artes Plásticas y Música) inició sus labores académicas en la UNA.

Elena Gutiérrez fue la primera directora de la sección de Danza por un período de un año y en ese momento, se inició una nueva etapa para la danza nacional, pues se propuso un modelo planificador de desarrollo para la disciplina coreográfica y por primera vez, se ofrecía la opción académica a los bailarines costarricenses y se creaba la Escuela de Danza universitaria en Centroamérica.

Los primeros estudiantes en 1974 fueron: Carmen Calderón, Flor Carreras, Fernando Coto, Elsa Flores, Beatriz Font, Nandayure Harley, Saula Jacobo, Norma Jiménez, Lucrecia Jinesta, Beverly Kitson, Marco Lemaire, Rogelio López, Guisele Mafioli, María Isabel Saborío, Guisele Sequeira, Francisco Ramírez y Jorge Ramírez; quienes ya poseían alguna experiencia en el campo. Por su parte, Elena Gutiérrez, Cristina Gigirey y Patricio Primus fueron los docentes que asumieron el desarrollo del programa y gracias a su trabajo, se presentó el espectáculo *Viaje a través de la danza*, al final del primer curso lectivo, en el Teatro Nacional con la participaron de todos los estudiantes, que bailaron obras de Gigirey, Gutiérrez y de la chilena Hilda Riveros.

En el año siguiente, los tres maestros abandonan la institución para formar el Ballet Moderno de Cámara, agrupación que en 1979 se disuelve para convertirse en la Compañía Nacional de Danza, bajo la dirección de Elena Gutiérrez.

Ante esta situación, Beverly Kitson, debido a su amplia experiencia como bailarina profesional, asumió la dirección de la Sección de Danza en 1975; con un presupuesto limitado, sin local, con 22 alumnos, un salón de clases, el plan de estudios heredado de la dirección anterior y ella como única profesora. Luego se incorporaron al cuerpo docente Isabel Picado, la bailarina mexicana Marta Azuela, Julián Calderón y el cubano Harold Cole, como maestros de técnica en ballet, danza moderna y jazz. A este equipo se unieron Mireya Barboza, Maycly Waitey y el estudiante Jorge Ramírez. Para 1977, la escuela contaba con primero, segundo y tercer nivel.

En 1979, se creó el programa de extensión Margarita Esquivel Rohormoser, a cargo de la profesora Heidi Zumbado con el propósito de que niños y adolescentes se acercaran a la danza, y serviría de semillero para reclutar futuros estudiantes de la escuela. Las primeras instructoras fueron las estudiantes Patricia Carreras, Liliana Cerna e Inés Revuelta.

En 1981, Víctor Hugo Fernández asumió la dirección y entre otras cosas, impulsó la creación de la Compañía de Cámara Danza UNA (ideada en tiempos de Kitson), la cual se pensó con un carácter de grupo profesional de repertorio, integrada por profesores y alumnos avanzados. Jorge Ramírez, primer graduado de la escuela y primer becario de la Universidad Nacional en Danza, al regresar al país después de obtener su maestría en Michigan, dirigió la Compañía de Cámara Danza UNA.

Desde su origen la CCDanzaUNA, se definió como un proyecto de extensión, y sus actuaciones se realizaron en teatros y comunidades lejanas, con el interés de mostrar el trabajo dancístico en cualquier parte del país, para sensibilizar a un amplio público con un trabajo de carácter experimental.

Después de este quinquenio fundacional en la Escuela de Danza participaron en la dirección de la Escuela Álvaro Marenco (1981-89), Gisa Blanco (1989-91), Marta Ávila (1991-97), Elsa Flores (1998-2003), Floriveth Richmond (2003-08), Óscar Córdoba (2008-12) Rodolfo Seas, (2012 -2013) e Ileana Álvarez nombrada en 2013 hasta 2017.

Los directores han dado continuidad a las gestiones anteriores y también propiciaron nuevos proyectos y áreas en las que la escuela ha incursionado, tales como *El encuentro centroamericano para el estudio de la danza* desde 1993, los proyectos de investigación, y el Programa de Posgrado.

Correo electrónico: mavila@una.cr